

VERMEDA

Después de un año con infinidad de problemas de todo tipo, que habían culminado con la ruptura con su novia, Luis había decidido tomarse unas semanas fuera del mundo habitual que todos conocemos. La decisión de alejarse de la gran ciudad donde vivía le había costado mucho, pero una vez tomada el resto había sido fácil. Escogió como destino una pequeña aldea llamada Vermeda situada al pie de la Sierra de Landres.

A lo largo de los muchos años en los que llevaba visitando distintos pueblos, montañas y ríos, en lo que era su afición favorita, apenas como un visitante de fin de semana, aquel lugar siempre le había parecido especial. No era un simple lugar; eran realmente muchos lugares, con innumerables aspectos, visiones y formas las que se escondían en esa pequeña sierra que él tan bien conocía.

Pasaban los días y nada especial sucedía. Sus caminatas diarias por la montaña no le revelaban nada especial. Todas las preguntas que se había traído de la gran ciudad seguían sin respuesta, o, si acaso, alguna más había surgido.

Como todos los días preparó la mochila y se dispuso a partir. El recorrido que había planificado para aquel día era una mezcla de los muchos que guardaba en su memoria. Además, si el día se mostraba propicio, no le importaba improvisar un poco; era así como había descubierto algunos de los lugares más bonitos que él conocía.

Comenzó a andar desde la pequeña plazoleta de la aldea. Dejó atrás la fuente y el abrevadero, y, poco después, la vieja iglesia con el reloj destartado en su torre que marcaba siempre la misma hora. Tomó el sendero que remontaba el Barranco de las Linzas y comenzó a ascender suavemente. En su inicio el sendero iba y venía por la ladera sin apenas desplazarse del lugar, con el único fin de ganar altura. El día era claro y airoso; un buen día para caminar, pero demasiado fresco para las paradas prolongadas. La vegetación de esta parte de la montaña, compuesta sobre todo por pequeños arbustos como endrinos y majuelos, dejaba disfrutar de hermosas vistas de los alrededores.

Después de poco más de media hora Luis alcanzó el Collado de Tarnes. La vista sobre la aldea y las montañas cercanas era ya fabulosa. Era el recorrido que se solía recomendar a todos los visitantes cuando llegaban

por primera vez a la aldea. A partir de aquí Luis había decidido continuar la marcha por un nuevo barranco, el de los Cirros. El sendero descendía un poco hasta buscar el cauce del arroyo y una vez allí cruzaba hasta su otra margen. Para su sorpresa, el deshielo se había adelantado y lo que normalmente era una pequeña corriente de agua, que casi se podía cruzar de un salto, se había convertido en un ancho torrente de más de tres metros, que cubría sin dificultad un par de palmos. Las típicas piedras que se colocan a modo de ayuda para vadear los riachuelos estaban también sumergidas. Luis echó un vistazo por arriba y por abajo del paso natural por si encontraba algún lugar más angosto que le ofreciese alguna facilidad para cruzar la corriente, pero no lo halló. Esas pequeñas dificultades, a pesar de todo, le encantaban. Significaban divertidos desafíos y retos que tenía que solventar si quería seguir el camino que tenía previsto. Sin pensárselo demasiado, se descalzó y comenzó a cruzar la corriente. El lecho del arroyo era irregular, el agua estaba helada y las piedras le hacían daño al pisar, pero Luis sabía que si quería llegar a la otra orilla sin caerse al agua, debía avanzar con cuidado y firmeza, intentando sobreponerse al dolor de sus extremidades. Una vez llegó al otro lado de la corriente secó lo mejor que pudo sus fríos pies y se calzó de nuevo las botas.

Comenzó a andar de nuevo. Sentía todavía los pies húmedos y fríos, pero sabía que esa sensación desaparecería tras unos pocos minutos. Así, lentamente, el dolor que había sentido al cruzar el río comenzó a transformarse en una sensación de ligereza en sus piernas, de tal forma que parecía avanzar apenas sin esfuerzo.

Tras poco más de cuarenta minutos llegó al comienzo de una zona boscosa; un precioso hayedo de gran amplitud, con árboles de enorme tamaño. El claro sendero que le había traído hasta aquí, se dividía a partir de ahora, una y otra vez, en diferentes ramales, propiciado por los itinerarios más habituales de los animales. Pero esto no planteaba ningún problema a Luis para continuar con su recorrido, ya que lo único que debía hacer era mantener permanentemente dirección sur hasta atravesar completamente el bosque. Con la brújula en mano, el joven comprobaba de vez en cuando que seguía la dirección correcta, y hacía también pequeñas pausas para recrearse con las curiosas formas de algunos árboles y con la sutileza de diminutas flores de color amarillento que resaltaban sobre los tonos marrones del suelo.